

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 131.

Alicante 24 de Mayo de 1873.

Año IV.

## UN DECRETO.

España está á punto de salir de la angustiosa situacion en que la colocaron mil y mil enemigos en mala hora contra ella conjurados.

Las negras y amontonadas nubes que venian presagiando sobre esta hija de Europa la desolacion y el luto, se disiparon como por encanto al asomar el alba de un dia verdaderamente digno de memoria para las generaciones futuras. Cuando temíamos que estallara el cataclismo, ha sonado la hora de paz y de ventura. No ya Europa, sinó el mundo, nos contempla con mayor asombro que el dia en que fué derribado el trono secular.

El acontecimiento que nos preocupa, es mucho mas trascendental de lo que parece, y está llamado á quedar bautizado con el nombre inmortal de: *gran paso del Progreso Español.*

No en balde los valores han subido en el interior y el extranjero, y nuestro moribundo crédito se yergue con pujanza como árbol deshojado que retoña, ó cual enfermo curado por ensalmo. El político há-

bil que desde la alta esfera del poder ha sabido conjurar tantísimas tempestades, tendrá en la historia de nuestro antes desdichado pais, una página la mas honrosa y brillante que consagrarse pueda al mas ilustre patricio. Esa página dirá mañana á nuestros hijos: hubo un hombre de elevada alma y de corazon entero, que mientras peregrinaba la integridad del pais; en tanto que se hundía la hacienda al peso ominoso de una fabulosa deuda; al rudo batallar de los partidos extremos y entre las luchas de las dos mil opiniones políticas en que se dividia nuestro pueblo, se elevó sobre todas las preocupaciones, y dominando todas las corrientes, estampó en la frente de la católica España este decreto: QUEDA SUPRIMIDA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS OFICIALES LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO CRISTIANO.

Si ha habido eminentes políticos que al regir los destinos de una nacion han afectado abundar en los sentimientos religiosos de su mayoría; si hubo un conquistador que adoraba los mismos dioses que sus conquistados para hacérseles sim-

pático; si un dia lloró Roma porque se ausentaban sus divinidades, ha habido tambien en nuestros dias quien desafiando la creencia de un gran pueblo, ha espulsado á Dios de su seno, como inútil fundamento para la sanidad de las conciencias y pureza de costumbres.

Es verdad que para moderar el choque que ha de resultar entre ese decreto y el sentido cristiano de la nacion, se ha procurado tejer con admirable maestría y con no escasa copia de razones, un preámbulo que desvanece toda sospecha de enojo y antipatía á la idea cristiana.

Tal empero es la esperiencia de largos preámbulos, que basta ver el contenido de cualquiera de ellos en la *Gaceta*, para adivinar la enormidad de la disposicion, por las dimensiones del preámbulo.

Esta fatal costumbre es hasta de oratoria comun.

Para dar á cualquiera una nueva triste, una noticia que ha de producirle dolor y pesadumbre, se agotan antes todos los recursos del ingenio para traer al paciente al terreno de los abrojos y espinas con la mayor suavidad posible: bien es verdad que lo que en unos casos no puede menos de tener el nombre de insigne hipocresía, en este último equivale á la mas caritativa prudencia.

Ni la enseñanza oficial estará de enhorabuena, ni el iniciador de la reforma habrá recibido ni recibirá parabien alguno. La enseñanza oficial ha recibido el golpe de muerte:

quizás el ministro de fomento intente matarla á traicion.

Los padres, aun los mas indiferentes para sí en la materia, tienen no se qué secreto y providencial instinto que les induce á procurar que sus hijos sean cristianos, y nunca han sentido mayor ni mas paternal ternura, que cuando han ido á presenciar uno de esos actos religiosos en que sus hijos han tomado una parte interesante. La necesidad de vivir entregados al trabajo, mas ó menos rudo, para ganar el pan y asegurar el porvenir de esos hijos, les dificulta se dediquen por sí mismos á la enseñanza religiosa de aquellos, y fían en la probidad é interés del maestro, al cual miran como su coadjutor en la educacion de sus tiernos hijos. Una vez ausente de la enseñanza pública la doctrina cristiana, pocos padres habrá que fien á ella la inocente alma y el corazon vírgen de sus hijos; no porque pueda suponerse que haya maestros capaces de sustituir un venenoso error á la enseñanza de la verdad cristiana; si nó porque los jóvenes, desde muy temprano, necesitan robustecer el corazon con asíduo esmero, para defenderse de las espontáneas luchas que tarde ó temprano han de estallar en su fondo. La doctrina cristiana es el bálsamo que infiltrándose en ese corazon desde la primera edad, le dulcifica y fortalece.

Resultará, una vez en práctica el decreto, una cosa asaz lamentable

y triste; que los seres mas desgraciados de la sociedad, los que mas necesitan del amparo del estado en su vida moral, han de ser los mas infortunados. El padre que ha de mirar y mirará de hecho con recelo la enseñanza oficial, sacrificará una parte de sus intereses á la educacion de sus hijos en la enseñanza privada; pero si es pobre, habrá de resignarse á poner en peligro la vida moral de su hijo. No tendrá por otra parte gran aliciente el profesorado oficial de primera enseñanza para el profesor cristiano y honrado; y no hay duda alguna: la enseñanza oficial, por mas robustecida y amparada que parezca, se debilitará y caerá. Lástima nos inspira esa generacion que nace, contra la que tan cruelmente se conspira sin piedad.

Habíamos comenzado el artículo al tenor de la primera impresion producida por el anuncio del fatal decreto, y hemos decaído forzosamente del lado del disgusto, al contemplar sus inocentes víctimas.

Una sola cosa atenúa nuestro disgusto, y es, que en España las fábricas de leyes corren parejas con los sistemas de contabilidad, y son rápidas y breves las regencias de unas y de otros.

J. B.

---

Damos á continuacion á nuestros lectores la curiosa y detallada carta que desde Cádiz escribe un suscriptor á un periódico de Madrid. No solo

nos abstenemos de comentar los sucesos que ella narra, sino que en atencion á ser bastante estensa, hemos omitido la parte que se refiere á muchos desaciertos de aquel municipio, como asunto accidental comparado con el principal objeto de nuestra humilde publicacion, esclusivamente religiosa.

Cádiz 9 de Mayo de 1873.

No estrañará usted, Sr. Director, que me atreva á molestarle tan amenudo con mis repetidas cartas.

Aquí, Sr. Director, continúa la piqueta en el pleno ejercicio de sus funciones destructoras.

Las columnas de los Santos Patronos Servando y German ya no existen en el muelle. Erigidas allí desde 1610 en honor de aquellos jóvenes mártires que regaron con su sangre el suelo gaditano, habian venido desafiando como mudos centinelas los huracanes de la naturaleza; pero al fin han tenido que sucumbir ante el huracan de la revolucion, ha querido sin duda desagraviar los manes del procónsul que los martirizó, y en pleno siglo XIX, las efigies de aquellas inocentes víctimas de la tiranía romana han sido inmoladas en holocausto de la libertad española. Renuncio á describir á V. las asquerosas profanaciones de que han sido objeto. El estómago padece.—Unicamente le referiré cierto episodio nauseabundo que prueba el cinismo con que aquí se hace todo.—En una de las últimas sesiones del ayuntamiento, se dió lectura á un atento oficio del señor gobernador eclesiástico, pidiendo se le entregasen las mencionadas efigies—que por cierto son de extraordinario mérito,—para colocarlas en la catedral como objetos de culto y monumentos de arte. El oficio fué leído entre

burlas, y por toda respuesta se le dijo al gobernador que dentro de poco se sacarian á subasta las imágenes y que á ella podria acudir la autoridad diocesana como uno de tantos postres. ¿Qué le parece á usted el detalle?

Tambien ha venido á tierra la hermosa columna de S. Francisco Javier, compatrono de Cadiz, levantada frente á la Puerta del Mar, por voto del vecindario en 1730. ¡Quien le habia de decir á aquel Santo Apóstol de las Indias, gloria de España y de la cristiandad, lumbrera de la Compañía y ornamento de la Iglesia, quién le había de decir cuando conquistaba para Dios centenares de pueblos con su palabra y sus milagros, cuando sus brazos caian rendidos de tanto bautizar idólatras, cuando el mundo era estrecho á su ardiente caridad, que habria de llegar tiempo en que su memoria fuese excoriada y su imagen *escupida* en nombre de la civilizacion y del progreso.

Idéntica suerte ha cabido á la antiquísima columna levantada enfrente del Hospicio con la efigie de Nuestra Señora del Rosario. La efigie ha estado mas de veinte dias tirada por los suelos, expuesta á toda clase de profanaciones é irreverencias, y recibiendo pedradas y golpes de los granujas que medio la han hecho pedazos. Y sin embargo, todas estas profanaciones han sido «incienso» comparadas con las que han cometido las hordas salvajes en el derribo de la imagen de la Purísima Concepcion de Capuchinos. Revuelva usted en su imaginacion todo lo mas asqueroso, repugnante y bestial que pueda fraguar en su lascivia el demonio de la impureza, acumule todas las obscenidades imaginables en un solo haz de podredumbre, y se habrá formado una idea de los inauditos horrores que en esta bendita y ve-

nerada efigie se han perpetrado á vista, ciencia y paciencia de todo un pueblo que blasona de católico. Yo, Sr. Director, levanto los ojos al cielo y tiemblo por Cádiz.

Y ya que he nombrado el Hospicio, voy á referir á Vd. varios detalles que muestran el estado de desconcierto y desbarajuste en que se encuentra aquella santa casa.—Gracias á la celosa direccion de cierto sugeto, que á lo que parece se ha propuesto convertirla de asilo de desvalidos en plantel de demagogos, allí no se respeta á nadie; los albergados salen y entran cuando quieren; los maestros carecen de autoridad moral sobre sus alumnos; cada dia hay reyerta infantil que cuesta una victima contusa; aquello es, en fin, una Babel en miniatura. Ya se vé; como que el primer acto administrativo del nuevo director fué dirigir una perorata á los muchachos, inculcándoles la nocion de sus *derechos* y otra á las Madres de la Caridad, previniéndoles que «cuidado como *tiranizasen* la *autonomia* de aquellos ciudadanos, obligándoles á oír Misa, á rezar el Rosario, á confesar y comulgar; que esas vejeces habian ya concluido, que los albergados debian empaparse en la idea nueva y que él por su parte estaba dispuesto á convertirlos muy en breve de católicos y serviles en libre-pensadores y autónomos.» Consecuencias. Que este año, durante el Jubileo que anualmente se celebra en la capilla del establecimiento y que siempre se ha solemnizado con sumo recogimiento y decoro, en vez de procesion hemos tenido una algazara infernal de chiquillos á quienes intencionalmente se dió suelta por el patio para que turbasen con su alboroto á las puertas mismas del templo el recogimiento de los fieles.

La última tarde especialmente, fué

tal la gritería, que apenas se escuchaban los cánticos y rezos, y para colmo de insulto, en los momentos mismos de darse la bendición sacramental al pueblo, la banda del establecimiento, situada á pocos pasos de la iglesia, en vez de marcha real, tocó, cual si obedeciese á una consigna, el himno de Garibaldi. ¡Y si á esto se redujera todo! Pero hay, señor Director, el propósito infame de transformar aquel asilo de beneficencia en phalansterio *furierista*, sobre la base, se entiende, del *amor libre*.—Y para preparar insensiblemente tan salvaje metamorfosis,—horrorícese Vd.—se ha dado ya el escándalo *oficial* de reunir á solas en un departamento de la casa á varios adultos de ambos sexos. La pluma se cansa de relatar tantas infamias. Otras pudiera referirle, pero el decoro me lo impide. ¡Pobres hermanas de la Caridad! El corazón se le oprimiría á Vd. si viese llorar sin consuelo á esos ángeles en figura humana contemplando las ruinas morales de aquel piadoso albergue, teatro de su abnegación heroica y objeto de sus solícitos desvelos. La república lo convierte todo hoy de santuario de la pobreza en piscina de prostitución. Bien por la *moral universal*.

Ya sabrá Vd. por los periódicos que la antiquísima iglesia de la Merced se halla también amenazada de derribo á pesar de su buen estado de conservación y de las muchas preciosidades que encierra. En la sacristía subsisten los únicos frescos de Clemente de Torres y el altar mayor es de Montañés y Juan Arfe. Esto de destruir obras artísticas de mérito y de destruirlas en pleno siglo de las luces, me llenaría de estupor si no supiera que la piqueta revolucionaria no puede derribar los templos sin sepultar en sus ruinas las maravillas del arte. Cuando la religión padece, el genio llo-

ra. Testigo todas las columnas derribadas.

En cuanto á signos externos religiosos, no hay que decir que la *razzia* municipal continúa haciendo de las suyas. —Del patio de San Francisco (y eso que el patio no es la calle) han desaparecido ya todas las lápidas conmemorativas de la Pasión del Redentor, el gran Crucifijo al óleo que de tiempo inmemorial se veneraba en aquel sitio, las cruces de mármol incrustadas en los muros y los magníficos cuadros de San Francisco y Santo Domingo, á cuyo pié se leía esta sencilla inscripción: *¿Quis erit adversarius noster?* El ayuntamiento se ha encargado de contestar á esta pregunta.

También han desaparecido las imágenes que adornaban el exterior de varias casas particulares: entre ellas una de la Purísima Concepción que milagrosamente quedó intacta de la lluvia de proyectiles que cayó á su alrededor cuando los sucesos de Diciembre del 69, y otra de San Miguel, á quien no ha bastado á salvar de la piqueta ni aun la circunstancia «recomendable» de tener el diablo á sus piés. El municipio está por no respetar nada; ni aun su propia efigie. En fin, señor director, llega á tal punto la saña iconoclasta de estos nuevos cuáqueros, que según me aseguran han pasado un oficio al señor gobernador de la Mitra, intimándole que haga desalojar las fachadas de los templos de todos los signos religiosos que las decoran. Semejante atrocidad, que aunque corre como válida me permito todavía poner en cuarentena, carecería de precedente en la historia de ningún país civilizado, y prescindiendo de lo que tuviera de sacrilego, (pues basta considerar las cruces é imágenes como simples «muestras» indicadoras de que el edificio que las ostenta es una «iglesia») equivaldría á

obligar mañana al dueño de un establecimiento cualquiera á que quitase de la portada de su tienda el gnante, la bota ó la bacía que indican al transeunte lo que aquellos es y significa. ¡Cuánta estupidez! Pero ¿qué más? En medio de la espantosa penuria á que se ven reducidas las clases proletarias, en medio de la ruina metálica que agobia á esta población cuando la industria decae y el comercio desfallece, y las obras se paralizan y las gentes acaudaladas emigran, y apenas hay recursos para las atenciones más urgentes, van á gastarse 5,000 reales de los fondos del municipio, ¿en qué? ¿en subvenir al alivio de alguna calamidad? ¿en emprender alguna obra de utilidad pública? No, (asómbrese Vd.) en costear la colocación de una andamiada para echar abajo la Cruz de bronce de la cúpula del ayuntamiento. Es hasta donde pueda llevarse el *delirium* de la impiedad. Si no estuvieran locos, diría que estaban ébrios.

¡Ah, señor director! ¡Cómo se van desarrollando hasta sus últimas y más pavorosas consecuencias las premisas planteadas por el doctrinarismo de antaño! Los conservadores se asustan hoy de esta conjuración infernal contra Dios y contra su Iglesia; pero los conservadores olvidan ó afectan olvidar que el *delicidium* vino en pos del lavatorio de Pilatos, y que acaso no se habria consumado el *tolle, tolle crucifige*, á no haber precedido el hipócrita *ecce homo* de aquel conservador modelo.

Lo que aquí está haciendo el municipio, es horroroso; pero el municipio puede decir, y hasta cierto punto con razón, á muchos de los que hoy le increpan: "¿De qué os escandalizais, pusilánimes? ¿de qué proscribimos la Cruz? ¿de qué hacemos guerra á Dios? ¿Pues no es esto mismo, en último resultado, lo que

vosotros habeis hecho con vuestro sistema insidioso de *regium execuat* y de regalismo cismontano, con vuestra secularización de la enseñanza, con vuestros vetos á los Obispos, con vuestra incautación insaciable del tesoro de la Iglesia con vuestro reconocimiento solcito de reinos erigidos sobre la exproliación y el sacrilegio, con vuestro apoyo calculado á la propaganda racionalista en las universidades oficiales, con vuestra despreocupación religiosa elevada á la ley, con vuestro derribo de templos, con vuestra expulsión de monjas, con vuestra matanza de frailes, con todo ese tegido en fin, de impiedad más ó menos solapada que señala vuestro paso por las regiones del poder? ¿Qué objeto ha tenido esta política sino abolir el imperio social de Jesucristo? ¿Expulsarlo del Estado para relegarlo á la familia, proscribirlo de la sociedad para aislarlo en el individuo; hacerlo desaparecer de la plaza pública para que únicamente more en el interior del santuario? Pues eso es precisamente lo que nosotros estamos haciendo: no hay más diferencia, sino que nosotros lo hacemos con la ruda barbarie del *sans culotte*, mientras que vosotros lo habeis hecho con la culta finura del *dandy* de guante blanco. Es cuestión de forma." Y en efecto, señor director, no se puede negar que de todo escasearía esta reconvención ménos de lógica.

Y á propósito. ¡Qué grandes lecciones nos está dando la lógica, ó mejor dicho, la justicia de Dios! El convento de la Candelaria ha caído, sí, pero sus escombros han engendrado otros escombros; derribándolo se ha atacado la propiedad corporativa, y hé aquí que ya se alarma la propiedad particular, porque las piedras del santuario han arrastrado en su caída el derribo de una finca.

Me refiero á la manzana de casas vulgarmente conocida con el nombre de Isleta, que ya no es mas que un recuerdo de lo que algun dia fué edificio.

So pretesto de dar ensanche á la plaza de la República y trabajo á las clases jornaleras (muletilla obligada de todas las destrucciones) el ayuntamiento decretó no há muchos dias la demolicion de esta manzana, pero con circunstancias tan idénticas á las que concurrieron en la demolicion de Candelaria, que no parece sino que Dios ha querido hacer patente que cuando los templos caen las casas tiemblan.

Para decretar el deribo del convento bastó el informe parcial de un arquitecto complaciente: de nada sirvió que la autoridad eclesiástica en representacion de la comunidad propietaria protestase contra él ofreciendo aducir otros informes: el convento vino abajo. Exactamente lo mismo ha sucedido con la Isleta. Cuarenta y ocho horas de plazo se dió á las monjas para evacuar el edificio: cuarenta y ocho horas de plazo se ha dado á los inquilinos de la Isleta para desalojar sus aposentos. No cabe mas identidad. Por supuesto, nada de previa indemnizacion á los dueños como manda la ley; el valor de la finca se ha perdido por completo: los inquilinos, casi todos menesterosos, han tenido que guarecerse, sabe Dios donde; los modestos industriales que habitaban las accesorias se han visto precisados á estraer sus mercancías mas que de prisa con grave perjuicio de su industria, y el ayuntamiento.... se ha salido con la suya á despecho de las lágrimas, súplicas, protestas y aun maldiciones de tantos infelices, víctimas del despotismo. La medida se ha intentado disculpar alegando el deterioro de la finca y la deformidad de su aspecto un tanto ofen-

sivo al ornato público; mas ni lo primero se ha justificado todavia *legalmente* ni lo segundo—que en honor de la verdad es exacto,—atenúa en modo alguno la premura sultánica con que el municipio ha producido.

Por decontado, que pasan ya de dos docenas las casas que hay amenazadas del mismo suavísimo procedimiento. Justicia de Dios: y aun hay quien te niege....!

Tambien han estado á punto de desaparecer bajo la hez revolucionaria hasta los jardines, algunos de ellos bellísimos, que hermocean la poblacion. Afortunadamente por dos votos «el verde» se ha salvado. Era de esperar. . . .

De Vd. repitiéndome suyo afectísimo  
S. S. Q. B. S. M.

*Un Suscriptor.*

---

De la coleccion de composiciones poéticas tituladas: «Obsequios de los niños en el mes de Mayo,» opúsculo de nuestro amigo D. Juan Vila y Blanco, del cual dimos conocimiento oportunamente á nuestros lectores, tomamos la siguiente:

### CÁNTICO DE LOS NIÑOS.

Apacible alborada,  
Lucero matutino,  
Brisa del fresco valle perfumada;  
Murmurador arroyo cristalino;  
Sombras que al occidente  
Decendeis fugitivas,  
Porque á irradiar comienzan en Oriente  
Luces que pronto brillarán mas vivas;  
*Aplaudid, celebrad*  
*De Maria la excelsa majestad.*

Montañas que la lumbre  
Del manto de la aurora  
Reflejais en la enhiesta árida cumbre  
Que ya con vivo esmalte se decora:  
Coloridos fulgores  
Que en el mar y en el cielo  
Y en las nubes pintais bellos primores  
Como de gasas en flotante velo;  
*Aplaudid, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*

Flores que al suave rayo  
Del tibio sol que asoma  
Y al soplo dulce del fecundo Mayo  
Delicioso exhalais fragante aroma:  
Fuentes, lagos y rios  
De lúcidos cristales;  
Selvas, prados, jardines y sombríos  
Bosques, y los desiertos eriales;  
*Aplaudid, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*

Graciosasavecillas,  
De las flores hermanas,  
Que del vistoso mes las maravillas  
Con trino vario celebrais ufanas:  
Susurrantes abejas,  
De flor en flor girando;  
Corderillos y tímidas ovejas,  
Por el monte con júbilo triscando;  
*Aplaudid, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*

Perfumes y sonidos;  
Aura, céfiro, brisa;  
Vapores en la altura suspendidos;  
Mariposa en tus vuelos indecisa:  
Peces del mar señores,  
Y los con tantos brillos  
Del estanque felices moradores;  
Cuadrúpedos, reptiles, gusanillos;  
*Aplaudid, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*

Azul, ancho, profundo  
Mar de apacibles olas;

Horizonte cual oro rubicundo  
Con tinte de purpúreas amapolas:  
Lindas gallardas naves,  
Ya inmóviles, ya del viento  
Al soplo y de la mar á impulsos suaves  
Meciéndoos en gracioso movimiento:  
*Aplaudid, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*  
Pastores y zagalas;  
Marinos de las naos;  
Joviales pescadores, esas galas  
Mirad del mes alegre y alegraos;  
Y en sentidos cantares  
Que llenen de armonía  
Llanuras, montes ásperos y mares,  
Que rebosan de lujo y ufanía;  
*Aplaudid, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*

Nosotros al concierto  
Arrobador unidos,  
A la esperanza el corazón abierto,  
Moviéndonos la fé, de amor rendidos,  
De la vida la senda  
Crucemos sin temores;  
Que es del triunfo final segura prenda  
La Virgen del amor Madre de amores.  
*Oh niños, celebrad*  
*De María la excelsa majestad.*

---

## VARIEDADES.

---

DOCUMENTOS HISTÓRICOS  
SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,  
por el Pbro. M. Lamazon.  
*Traducción de D. Carlos María Perier.*

(CONTINUACION.)

Las personas *reflexivas* que han estudiado durante dos meses prácticamente sobre el terreno la aspereza y acritud



de los jefes de insurrectos de la *Commune*, podrían citar innumerables hechos para probar con evidencia que el programa revolucionario de tales partidarios era en el fondo cosa bien sencilla. Reduciase á esta fórmula: «Ocupar el lugar de los ricos y los grandes; hartarse de oro y de placeres; gastar mucho y no producir nada.» Esta observacion la hicieron varios extranjeros distinguidos, que se quedaron en París, y que eran los que podian observar á lo ménos con libertad completa lo que acaecia; pues mientras que los jefes de la *Commune* perseguian como á bestias feroces á los parisienses honrados, manifestaban hácia los extranjeros tal género de obsequios, que rayaban en bajeza; y en especial á los prusianos los trataban como si fueran hermanos, y yo podria añadir que como á compadres. En apoyo de esta aseveracion hé aquí el relato, inserto en el *Diario de los Debates*, de una de las fiestas de la *Commune*, y hecho por uno de esos extranjeros:

«Figuráos los vastos salones de las Tullerías abiertos é iluminados como en los más hermosos tiempos del imperio: las orquestas en el lugar de costumbre, y ejecutando las piezas más en boga. En la sala del teatro habia, como á manera de banquete ó de fiesta de concierto, un club permanente, en donde al pueblo se le enseñaba á usar de sus derechos:» sucedíanse los oradores á placer suyo: y no era lo más notable los discursos sobre el tema tan conocido de los que predicán la destruccion de la propiedad, familia, capital, desigualdad de salario y de toda superioridad que pueda elevar á cualquiera sobre el ínfimo nivel de la sociedad: no eran tampoco las divisas republicanas que adornaban las paredes, por ejemplo: *Pueblo, aquí está tu morada, no dejes entrar en ella á los*

*tiranos: y otras parecidas, sin contar los triángulos, haces, gorros frigios y emblemas diversos de la demagogia: el verdadero espectáculo curioso y notable era el de la galería de la sala de los mariscales. Imagínese todo lo que puede contener la capital de personas no pertenecientes á ninguna clase, de gente implacable, viciosa, del derecho de todos los oficios y profesiones, de periodistas de contrabando, de ínfimos agentes de negocios, de deudores insolventes, de hombres de bancarrota, de militares desertores ó expulsados, de vendedores de específicos, todo esto mezclado con los bailarines de barrera, los traficantes en oficios á que el pudor no permite dar nombre, y negociantes en contraseñas y falsificaciones; á lo cual pueden añadirse algunos conserjes, cocheros y guardias nacionales, que recientemente se habian cubierto de galones.*

«Esto en cuanto á los hombres; porque respecto de las mujeres, innecesario es decir lo que seria toda esa gentualla: tenia cierto aire de asombro, á través del cual se mostraba la satisfaccion interior en sus semblantes; y, para más comprenderlo, era necesario oír sus diálogos:—¿Cómo lo pasa Vd., mi general?—Gracias, querido doctor,—¿Y usted?—Ved aquí al presidente: ¿Se le pueden pedir noticias de la presidenta?...»

«¿Cómo se pavoneaban, hablando así! ¿Cómo hacian ruido con sus diges! ¿Qué miradas tan gozosas echaban sobre sus flamantes galones y sus bordados de oro, adoptando graciosas posturas delante de los sillones de estas *damas!*.... En este sarao creí leer, como en un libro abierto, el secreto de vuestras inacabables revoluciones: parecióme que en el dintel de vuestras instituciones, sociedad, gobierno, academias, asamblea, habia

siempre espíritus irreconciliables, que se parecían mucho á esos desdichados comunistas, que todas las mañanas «piden la destrucción del edificio en que se contentarian con entrar simplemente.»

Mi valeroso custodio replicábame á su modo, que los malos obreros que en 1848 querían conquistar el derecho al trabajo, después del sitio de París deseaban conservar el derecho á no hacer nada; y cuando esto me decía, llegamos cabalmente á mí punto de partida: tomando entouces el aire más protector y más oficial que pudo, dijo á las patrullas que guardaban la entrada de la plaza: «Ciudadanos, dejad que pase este Cura ciudadano.»

Habia yo prometido á la familia del pobre enfermo volver á verle dentro de dos ó tres días: mas, á pesar de la complicada situación de París y del peligroso estado de la plaza de Vendome, ocupada y tratada como una fortaleza que se hubiera tomado por asalto por los guardias nacionales de los arrabales, menospreciando todas las conveniencias y todos los derechos, y en rebelion contra la ley, no podia nunca figurarme que al dia siguiente hubiera de acudir á esta misma plaza para prestar en medio de todos los horrores de la guerra civil los consuelos de la religion á honrados habitantes de París, heridos casi á boca de jarro sin motivo ni provocacion por las balas de la demagogia cosmopolita.

LA PLAZA DE VENDOME

*en el miércoles 22 de Marzo  
de 1871.*

Al siguiente dia 22, que en adelante será una de las fechas más funestas de la historia de París, hallábame yo de guardia en la iglesia de la Magdalena,

es decir, encargado desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche de recibir á todos los que vinieran á reclamar los servicios religiosos ó caritativos del ministerio sacerdotal, á fin de satisfacer sus deseos en todo lo que posible fuera.

Supe por algunos de mis amigos, adictos señaladamente á la causa del orden y la libertad, que tan comprometida se hallaba, que, habiendo tenido un efecto moral tan grande y provechoso la manifestacion pacífica de la vispera, tratábase de repetirla en aquel mismo dia. Eran los fines y los medios de aquello que se intentaba, no sólo enteramente legales, sino además muy en armonía con los intereses y la dignidad de los habitantes de París; así es que, en vez de ocultar este proyecto, se discutió públicamente, con la esperanza de que su carácter y su valor moral habian de ser comprendidos y apreciados con acierto y justicia: deseábase llegar por la persuasion y las gestiones generosas y conciliadoras á obtener el respeto á la ley y al orden, que se hallaban desconocidos por los audaces instigadores de una extraviada porcion de la Guardia nacional; se pretendía afirmar, en medio de las ruinas acumuladas por una guerra infáusta, que la Asamblea de los representantes del país, residentes en Versalles, era el único poder á quien estaba encomendado el velar por nuestros destinos, y que era preciso unirnos á ella, y de ella esperar la solucion de las difíciles complicaciones pendientes.

Irritados los vecinos de la plaza de Vendome y de las calles adyacentes, y no sin razon, al ver invadido su cuartel por guardias nacionales de otros distritos, y estorbada la libre circulacion, asustadas las familias y paralizadas las transacciones mercantiles de todas cla-

ses; proponíanse reivindicar su carácter de habitantes del primer distrito, y ocuparse por sí mismos en la custodia de su cuartel. No violaban en esto derecho alguno, ni faltaban á ninguna consideración debida: limitábanse á rogar á los ciudadanos de los distritos de Montmartre y de Belle-Ville establecidos allí sin motivo, que dejaran á su cargo, como era natural, este cuidado. Los habitantes de la plaza de Vendome, no solamente son tan parisienses como los de los distritos que acabo de citar, sino que los que conocen bien á París no pueden dudar que hace tres años solamente, las cuatro quintas partes de los guardias que en el día 21, y sobre todo en el 22, de Marzo ocupaban la plaza de Vendome, todavía no habían visto á París.

París, mas bien que no el autor, es el teatro de las revoluciones que en él se verifican, y sus tumultuosos amotinados pertenecen á todos los países de Francia y de Europa, de donde acuden en los días nefastos, atraídos por la esperanza de salir gananciosos á río revuelto.

Bajo el aspecto político y el social, he estudiado las grandes ciudades de Europa, y por causa que seria enojoso enumerar, ninguna hay que sea, como lo es París, el punto de cita y de reunión universal de gente sospechosa y corrompida, de desdichados perseguidos por los tribunales de su país, y de hombres desocupados y sin posición en la sociedad, que se convierten en agentes revolucionarios; estos eran en París, los más perniciosos de todos. Después del sitio sufrido, después del estado de agitación y de postración consiguiente, producto de tantas luchas, decepciones y padecimientos, faltábale atraer como última desgracia la escoria de los bri-

bones y charlatanes de todos los ángulos de Europa. Y débese añadir, aunque honra poco á las clases populares de París, tal vez las más crédulas y frívolas del continente europeo, que esos personajes lograron más de lo que se prometían; esto es, hacerse por el momento dueños de nosotros.

En virtud de esta invasión cosmopolita y de la ausencia de gran número de verdaderos parisienses, que temieron más los motines promovidos por los agentes de la *Internacional*, que el bombardeo de los prusianos, París, el foco brillante de la vida intelectual, de la vida elegante y de la vida artística; París, el gran centro de la ciencia, de la política y de los negocios, habíase convertido, según la pintoresca frase del *Times*, en una infernal caldera que amedrentaba á Europa, y en que, mezcladas y confundidas, hervían todas las humanas pasiones.

Esto prueba con evidencia que la batalla empeñada en París no era puramente parisiense, ni siquiera francesa, sino una batalla de carácter social. Una bandada de aves de rapiña, una manada de bestias feroces y trashumantes, lanzóse desde los cuatro vientos sobre la capital de Francia enervada por cinco meses de sitio. Los agentes de la *Internacional* querían establecer la *Commune*; y para realizar esta idea que ante todo representa el hogar, la casa, el campanario, la patria local, la asociación y tradición de los intereses domésticos, llamaban y atraían hácia la capital de Francia el desecho de las sociedades del antiguo y del nuevo mundo, y obligaban al verdadero vecindario de París á buscar refugio en las provincias ó en el extranjero. Cinismo tan irritante presagiaba desastres inmensos.

(Se continuará.)

## NOTICIAS.

ESPAÑA.—En una carta recibida por *La Correspondencia* se lee lo siguiente:

«La Iglesia de San Agustín de Pamplona ha sido cerrada, y la administración militar se ha apoderado del Seminario episcopal de aquella capital. Estas disposiciones han soliviantado los ánimos de una manera terrible, y darán fatales resultados; ó no se conoce el país, ó se quiere que la guerra tome carácter religioso y grandes proporciones.»

—El *Diario de Tarragona* denuncia el siguiente escandaloso hecho, que por desgracia se repite con demasiada frecuencia:

«Dos sugetos, dice el citado colega, que en su traje denotaban ser voluntarios del batallón franco que se forma en esta provincia, insultaron el sábado en la calle de la Unión á los reverendos cura párroco y Vicario de la iglesia de San Juan Bautista del Puerto, cuyos sacerdotes tomaron las repugnantes palabras que les dirigieron aquellos con la resignación y tranquilidad propias del sagrado ministerio que ejercen.»

¿Es esta la tolerancia?

—Uno de estos días ingresaron en la Caja de Administración económica de Madrid ocho mil reales que un sacerdote restituía á la Hacienda á nombre de otra persona, bajo el secreto de la Confesión.

ROMA.—La salud del Padre Santo no está completamente restablecida; pero no por eso puede juzgarse que la dolencia ofrezca peligro para estar todos los días haciendo cundir esas invenciones, producto de la mala voluntad con que los revolucionarios miran al Padre común de los fieles.

Los últimos telégramas recibidos, di-

cen que el Papa sigue mucho mejor, y que el 14 oyó misa y recibió á los empleados de diversas corporaciones religiosas para tratar de sus asuntos.

Con fecha del 16 dice el telégrafo que el Papa sigue mejorando, que había recibido á un gran número de personas, y que había dado un pequeño paseo por su habitación sin necesidad de apoyo.

Como se ve, los revolucionarios han exajerado mucho el estado de la salud de Su Santidad, cuya vida puesta bajo la custodia de la Divina Providencia, si bien no exenta de los achaques y peligros propios de la edad octogenaria, promete todavía duración para bien del mundo católico.

Nos felicitamos por este suceso, y felicitamos al Padre común de los fieles, cuyo glorioso Pontificado recibe muestras tan visibles de la protección de Dios.

## CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto. Por la tarde el ejercicio del Mes de María á las cinco. En Santa María á las ocho y media misa mayor. En la Virgen de Gracia misa de renovación á las ocho. En las Agustinas á las cinco de la tarde el ejercicio de S. Luis Gonzaga.

Martes.—En las Agustinas á las siete y media misa de renovación.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovación á las seis y media, y por la tarde á las cinco Trisagio.

Sábado.—Vigilia, ayuno, y no se puede comer carne aunque se tenga la Bula. En la Colegial misa de comunión á las siete, y por la tarde el ejercicio del mes de María á la hora de costumbre, predicando el Sr. Abad: la función de último día de Mayo que debía tener lugar en esta tarde, lo tendrá en la del domingo, predicando la plática de despedida, el Sr. Dr. D. Florentino de Zarradona canónigo de la Insigne Colegial, y director del *Mes de Mayo*.